

EL MUNDO

Miércoles, 12 de mayo de 2004. Año XV. Número: 5.268.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

El español dominante

JUAN A. HERRERO BRASAS

Como consecuencia de un insólito proceso, y contra toda previsión, la política española ha cambiado de color. Para los derechones de toda la vida, han llegado al poder una vez más los que lo harán todo mal. Para los izquierdistas de siempre, ha triunfado el progreso. Llevada a sus últimos extremos, esta visión partidista puede llegar a ser tan irracional y fanática como cualquier otro tipo de partidismo, por ejemplo el habitual en algunos deportes.

Ser de izquierdas o de derechas se revela, en última instancia, no tanto como una cuestión de ideas sino de sensibilidades y de propensiones emocionales. Por eso, los posicionamientos políticos llevan con frecuencia a actitudes de incondicionalidad, no de objetividad e independencia intelectual. Como resultado, las posturas de muchos frente a determinados asuntos se reducen a un puro ejercicio de corrección política, donde la razón es lo que menos cuenta.

Algo paralelo ocurre en el Parlamento. Los acuerdos se toman a puerta cerrada, en pequeña comisión y con criterios puramente políticos. Ello hace que el debate parlamentario se reduzca por lo general a pura comedia. Nadie convence a nadie de nada, y nadie va preparado a dejarse convencer de nada. Es un diálogo de sordos donde la decisión sobre lo que se va a votar está tomada de antemano y ninguna razón ni argumento van a cambiar tal voto. Este corporativismo partidista conduce a muchos a la ingenua convicción de que el mundo realmente se divide entre derechas e izquierdas, que todo lo positivo -la bondad, el progresismo, la ilustración- es patrimonio exclusivo de uno u otro bando.

El hecho es, no hace falta decirlo, que ni los buenos y genuinamente progresistas están siempre en la izquierda y los malos y retrógrados en la derecha ni viceversa. Es precisamente ese afán politizante, esa necesidad imperiosa de clasificar a las personas según colores y programas políticos lo que atrofia y estrangula la vida intelectual de un país. Ello es particularmente

cierto en España.

No quiero decir con esto que no exista una España progresista y otra reaccionaria. Ni mucho menos. Las dos Españas de las que hablaba Antonio Machado, si bien con matices, siguen siendo una realidad. Hay una España cerrada, machista, miope y maloliente, y otra que se ve obligada a arrastrar ese lastre en su desesperado intento de avanzar. Pero, más que una determinada España, yo diría que lo que se nos impone es un tipo dominante de español. Y cuando digo dominante no quiero decir que lo sea estadísticamente. Se trata más bien de un tipo de español que, aun constituyendo en su forma más concentrada una minoría numérica, se ha erigido en representante de nuestra cultura e identidad nacional. Su imagen y su conducta es la que nos representa a los españoles en el mundo y es la que, para amargura de muchos, dicta las coordenadas internas de nuestra vida social y cultural.

Cada país proyecta hacia el exterior un tipo nacional, una idea más o menos definida de lo que representa ser miembro de su sociedad y cultura. Todos tenemos, por ejemplo, una idea de cómo son los franceses, idea ésta que precede y prejuzga (de modo positivo en este caso) a cualquier contacto con franceses concretos. Lo mismo se podría decir de ingleses, alemanes y de tantos otros. No todos los miembros de esas naciones o culturas se identifican con dichos estereotipos, pero tal proyección representa el tipo dominante de cada sociedad.

El concepto de tipo dominante es una abstracción. Algo parecido a lo que Max Weber, el padre de la sociología, llamaría tipo ideal. En otras palabras, no hay personas concretas que sean los españoles dominantes por excelencia. Lo que sí que hay son españoles que encarnan ese tipo dominante en mayor o menor medida, y a partir de ellos se realiza la abstracción propuesta.

Frente al tipo dominante de otros países, el español dominante es un tipo decididamente negativo. Es el folclórico, cerril, machista, ruidoso, bocazas, estrecho de miras, cruel con los animales, poco fiable y nada generoso. Es el que, en su falta de sensibilidad y modales, confunde sencillez con chabacanería y piensa que quienes demuestran refinamiento son unos hipócritas. Es pueblerino en su modo de pensar y cuando sale de su pequeño pueblo mental se hace ostentoso y altanero. De sus fallos e incompetencia siempre culpa a otros, ya sean personas o naciones. Es un ser de un egoísmo estrecho e insolidario y, en su pequeñez, piensa que todos los demás son como él y que, por tanto, está justificado ser como es.

Carece de iniciativa y de creatividad, sólo es capaz de imitar lo que hacen

otros, pero quiere ante todo figurar. Es represivo y grosero en su modo de hablar. Tiene la boca llena de obscenidades y blasfemias, que se goza en publicitar del modo más soez y desconsiderado posible, a veces incluso bajo la grotesca pretensión de creatividad artística. Orina en cualquier esquina o farola y escupe a diestro y siniestro sin el más mínimo asomo de vergüenza. Peor aún, ni siquiera entiende por qué debería avergonzarse de hacerlo.

Tal es el tipo de español que se ha erigido en representante de nuestra cultura. Y a todo español que va al extranjero, sobre todo a los países más cercanos, donde la imagen del español dominante se ha hecho más presente, se le prejuzga, en mayor o menor medida, por tan gloriosos estándares. El español dominante no es de izquierdas ni de derechas. O, dicho de otro modo, está presente en la izquierda y en la derecha. Tanto es así que ni siquiera me atrevería a decir si los rasgos que lo caracterizan están más presentes en unos u otros. No son contenidos ideológicos lo que definen al español dominante sino modos de razonar, actitudes, formas de ser y de comportarse.

Son varios los intelectuales que se han ocupado de este asunto. Para Mariano José de Larra, por ejemplo, todo se reduce a un problema educativo, y por lo tanto tratable. Otros, notablemente Ortega, lo ven como un problema endémico de la raza. Yo personalmente, que me inclino por lo primero, pienso que el auténtico problema de España, su problema histórico en lo social y cultural, ha sido la falta de liderazgo.

Eso de liderazgo suena fatal a ciertos oídos progresistas, víctimas de la pobreza en que ha caído el uso del castellano. Confunden liderazgo con caudillaje, dos cosas abismalmente diferentes. Un líder es el que abre camino y establece modelos con su creatividad y sus iniciativas. El caudillo es el que se vale de la brutalidad y la ignorancia propia y ajena para imponer su autoridad. Es, en estado genético, el matón o mandamás en cualquier pandilla de adolescentes. Por ello decimos que una persona u organización es líder en tal o cual campo de la tecnología o de las artes, pero no decimos que es un caudillo.

Tradicionalmente, España ha producido genios aislados en las artes y en la literatura, pero no líderes capaces de estimular la imaginación de la gente, ni de guiarla debidamente, ni en lo político ni en lo cultural. Esto no es un descubrimiento que esté haciendo yo ahora. De nuestras instituciones culturales una especialmente nefasta ha sido la Real Academia (originariamente una imitación de la Academia francesa). En su malentendido progresismo, y mediante sus peculiares decretos, ha reducido la fonética y la ortografía del castellano a una uniformidad y a un simplismo ramplones, lo que ha contribuido decisivamente a estructurar un intelecto ramplón y simplista, el del español dominante.

En la actualidad son los medios de comunicación quienes, de un modo indirecto pero singularmente efectivo, ejercen el liderazgo cultural. En algunas ocasiones lo hacen de modo excelente, y en otras, particularmente la televisión, no tanto. Esperemos que el nuevo Gobierno dé la oportunidad de aportar sus capacidades de liderazgo en la vida pública a tantos a los que el caciquismo del español dominante ha mantenido y mantiene relegados.

Juan A. Herrero Brasas es profesor de Etica y Política Pública en la Universidad del Estado de California.

© Mundinteractivos, S.A.